

DIKAIOSYNE N° 2 /1999
¿Qué es la Filosofía?
Págs. 243-265

Martin Heidegger

Traducción directa del original alemán por Pompeyo Ramis M.

Disertación pronunciada en Cerisy-la-Salle (Normandía), en agosto de 1955, para la introducción a un discurso.

Con esta pregunta nos adentramos en un tema muy basto, es decir, amplio. Y por eso, porque el tema es vasto, queda indeterminado. Y porque es indeterminado, podemos tratarlo bajo los más diversos puntos de vista. Por eso siempre podemos sacar de él algo bueno. Sin embargo, por lo mismo que en el tratamiento de este amplio tema concurren sólo aspectos posibles, corremos el riesgo de que nuestro discurso se quede sin una correcta visión de conjunto.

Por eso debemos buscar la manera de precisar la pregunta. Así conduciremos el discurso en una dirección segura. Así el discurso se conducirá por un camino. Digo por un camino, para añadir que ese camino no es precisamente el único. Incluso debe quedar abierta la pregunta de si el camino que yo pueda señalar para seguir es verdaderamente el camino que nos permita plantear la pregunta y responderla.

Si aceptamos de una vez que podríamos encontrar un camino para determinar más exactamente la pregunta, entonces surge de inmediato una engorrosa objeción contra el tema de nuestro discurso. Cuando preguntamos: ¿qué es la filosofía?, ya estamos hablando sobre la filosofía. En tanto que preguntamos de esta manera, es claro que nos quedamos en un lugar que está por encima y, por tanto, por fuera de la filosofía. Pero el objetivo de nuestra pregunta estriba en llegar al interior de la filosofía, para mantenernos según su manera, es decir, para “filosofar”. Desde luego, el camino de nuestro discurso no sólo debe tener una dirección clara, sino que esa dirección debe ofrecernos al mismo tiempo la garantía de poder movernos dentro de la filosofía, y no divagar en torno a ella.

El camino de nuestro discurso debe ser de un modo y dirección tal que, de dondequiera que la filosofía provenga, nos despierte interés, nos conmueva (*nous touche*) de verdad en nuestra propia esencia.

Pero ¿no se sigue de ahí que la filosofía es cosa de afección, de afecto y de sentimiento?

“Con los buenos sentimientos se hace la mala literatura”. “C’est avec les beaux sentiments que l’on fait la mauvaise littérature”*. Estas palabras de André Gide no valen sólo para la literatura; valen aún más para la filosofía. Los sentimientos, aun los más bellos, no pertenecen a la filosofía. Los sentimientos -se dice- son algo irracional. La filosofía, en cambio, no sólo es algo racional, sino que es la verdadera administradora de la razón. En tanto que nosotros defendemos esto, se puede decir que ya tenemos algo resuelto sobre lo que es la filosofía. Ya nos hemos anticipado a nuestra pregunta con una respuesta. Todos tienen por correcta la afirmación de que la filosofía es un asunto de la razón. Sin embargo, tal vez esta afirmación sea una respuesta demasiado precipitada a la pregunta: ¿qué es la filosofía?. Entonces podemos en seguida oponer a esta respuesta una nueva pregunta. ¿Qué es la razón, el entendimiento? ¿Dónde y por quién se determinará qué es la razón? ¿Es que la razón se ha adueñado por sí misma de la filosofía? Si es así, ¿con qué derecho? Y si no, ¿de dónde recibe su misión y su rol? Si lo que vale como razón se establece primero y solamente en función de la filosofía y en medio del curso de su historia, entonces no es ningún buen remedio tener la filosofía como cosa de la razón. Sin embargo, tan pronto como ponemos en duda la

característica de la filosofía como una actitud racional, de semejante manera cabe también la duda de si la filosofía pertenece al área de lo irracional. Porque quien quiere definir la filosofía como algo irracional toma lo irracional como medida de deslinde, y lo hace de tal manera que también da por cosa evidente lo que es la razón.

Por otra parte, si sugerimos la posibilidad de que cualquier asunto filosófico nos toque y afecte en nuestra esencia humana, entonces es posible que esa afección no tenga absolutamente nada que ver con todo lo que habitualmente se llama afecto y sentimiento, o dicho brevemente, con lo que llamamos irracional.

De lo expuesto sacamos, en primer lugar, sólo esto: es preciso tener mucho cuidado cuando nos arriesgamos a empezar un discurso bajo el título de “¿Qué es filosofía?”.

Lo primero que buscamos es llevar la pregunta hacia un claro y correcto camino, para que nada arbitrario ni casual introduzcamos en los conceptos en torno a la filosofía. ¿Y cómo hallar un camino para precisar en forma segura nuestra pregunta?

El camino que en este momento puedo señalar está justamente frente a nosotros. Y sólo por eso, porque lo tenemos al frente, se nos hace difícil de encontrar. Pero cuando ya lo hemos encontrado, y a pesar de ello, aún nos agitamos torpemente frente a él. Preguntamos: ¿Qué es la filosofía?. Y ya damos la palabra “filosofía” por suficientemente expresada. Pero cuando ya dejamos de emplear la palabra “filosofía” como un título, cuando en lugar de la palabra “filosofía” oímos el origen de la misma, entonces suena así: philosophía. La palabra “filosofía” nos habla ahora en griego. Esta palabra griega es, en cuanto que griega, un camino. El cual, por una parte, está delante y frente a nosotros, pues siempre la hemos oído y pronunciado. Por eso la palabra griega philosophía resulta ser un camino por el cual ya estamos en camino. Ciertamente conocemos este camino tan sólo en forma totalmente confusa, aunque seamos capaces de poseer y exponer muchos conocimientos históricos sobre la filosofía griega. La palabra philosophía nos dice que la filosofía es algo que en un tiempo caracterizó por primera vez la existencia de la cultura griega. No solamente esto; la philosophía caracteriza también lo más íntimo y esencial de nuestra historia europea occidental. La expresión que a menudo oímos: “filosofía europeo-occidental”, es en verdad una tautología. ¿Por qué? Porque la “filosofía” es griega en su misma esencia, y ser griega significa en este caso que la filosofía está en el origen de la esencia griega, de modo que sólo la cultura griega la tomó desde un principio como exigencia de su desarrollo.

Sólo será la genuina esencia griega de la filosofía la que en su nueva época europea será gobernada y dominada por las ideas del cristianismo. El dominio de estas ideas pasa a la Edad Media. Sin embargo, no se puede decir que la filosofía se hace por eso cristiana, es decir, una cuestión de fe en la Revelación y la autoridad de la Iglesia. La proposición: la filosofía es griega en su esencia no significa otra cosa sino que solamente el occidente y Europa y no otros, son, en su genuina e íntima evolución histórica, “filosóficos”. Esto es lo que aparece atestiguado a través del origen y dominio de las ciencias. Porque proceden de la evolución histórica europeo-occidental, es decir, filosófica, por esto son hoy día capaces de imprimir carácter al desarrollo histórico del hombre en toda la Tierra.

Consideremos de una sola ojeada qué significa el hecho de caracterizar una era de la historia humana como “era atómica”. La energía atómica hallada y establecida a través de las ciencias se nos impone como la fuerza que debe determinar el curso de la historia. Las ciencias no se darían nunca si no fueran precedidas y seguidas de la filosofía. Pero la filosofía es: he philosophia. Esta palabra griega conecta nuestro discurso con una tradición histórica. Y puesto que esta tradición permanece como única, por eso es también unívoca. La tradición aludida a través del nombre griego de philosophia, que esta histórica palabra nos indica, nos franquea la dirección de un camino en el que preguntamos: ¿qué es la filosofía? La tradición no nos entrega una fuerza obligatoria e

irrevocable del pasado. Entregar (délivrer) es un librar, es decir, tener una libertad de discurso con el pasado. La palabra “filosofía” nos llama, cuando en verdad la escuchamos y reflexionamos sobre ella, a la historia de su etimología griega. La palabra philosophia está, por decirlo así, en el acta de inscripción de nuestra propia historia, e incluso podríamos decir: en el acta de inscripción de la presente época universal que se autodenomina era del átomo. Por eso sólo podemos preguntarnos: ¿qué es filosofía?, cuando entramos en un diálogo con el pensamiento de la cultura griega. Pero no es sólo lo que está en la pregunta -la filosofía- lo que se deriva etimológicamente del griego, sino también la manera cómo nos preguntamos; la manera en que, todavía hoy, nos preguntamos, es griega.

En efecto, preguntamos: ¿qué es...? Lo que en griego suena así: τί εἶναι. Sin embargo la pregunta, cualquiera que sea, es mucho más significativa. Podemos preguntar: ¿qué es lo que hay allí en la lejanía? Obtenemos la respuesta: un árbol. La respuesta consiste en dar su nombre a una cosa que no conocemos exactamente.

Sin embargo podemos llevar más lejos la pregunta: ¿qué es eso que nosotros llamamos árbol? Con la pregunta así formulada nos acercamos ya al griego τί εἶναι. Es la forma de pregunta que Sócrates, Platón y Aristóteles desarrollaron, interrogando, por ejemplo: ¿qué es lo bello?, ¿qué es la naturaleza?, ¿Qué es el movimiento?

Pero a este propósito debemos ahora considerar que en la indicada pregunta no sólo se busca una precisa determinación de lo que es la naturaleza, el movimiento, lo bello, sino que al mismo tiempo también se da una explicación de lo que significa ese “qué”, y en qué sentido debe entenderse el τί. Todo lo que se quiera dar a entender con ese “qué” es lo que se llama el quid est, el tò quid: la quidditas, la quiddidad. Mientras tanto la quidditas tendrá distintos significados según las diferentes épocas de la filosofía. Así, por ejemplo, la filosofía de Platón es una interpretación de lo que significa el τί. Para él, quiere decir la idea. Pero esa “idea” a la que nos referimos al preguntar con el τί o con el quid, no es en modo alguno inteligible por sí misma. Aristóteles da de ella otra explicación distinta de la de Platón. Otra explicación del τί ofrece Kant, y otra Hegel. Cada vez que se pregunta algo a través del τί, del quid o del qué, encontramos algo nuevo que precisar. En cada caso vale lo mismo: cuando en referencia a la filosofía preguntamos: ¿qué es esto?, planteamos una pregunta originariamente griega.

Observémoslo bien: no sólo el tema de nuestra pregunta: “la filosofía”, sino también la manera en que preguntamos: “¿qué es...?”, en ambos casos se impone la etimología griega. Nosotros mismos nos atenemos a esta etimología incluso cuando varias veces mencionamos la palabra “filosofía”. Propiamente hablando, somos retrollamados hacia esta etimología, por ella y a través de ella somos reclamados no sólo en el momento de articular la pregunta: ¿qué es la filosofía?, sino también cuando reflexionamos sobre su sentido. [La pregunta: ¿qué es filosofía? no es ninguna pregunta que venga a rectificar cierta clase de conocimiento en sí (filosofía de la filosofía). Tampoco es una pregunta simplemente histórica, interesada tan sólo en dejar claro cómo empezó y se desarrolló eso que se llama “filosofía”. Más bien es una pregunta histórica en el sentido de una búsqueda. Más aún: no es “una” pregunta sino “la” pregunta histórica de nuestra existencia europeo-occidental.]

Si penetramos en todo el sentido originario de la pregunta: ¿qué es filosofía?, entonces nuestra pregunta habrá encontrado, a través de su histórica etimología, una dirección hacia un porvenir histórico. Habremos encontrado un camino. La pregunta misma ya es un camino que va desde la existencia de la cultura griega hasta nosotros, si no es que va más allá de nosotros. Si perseveramos en la pregunta, ya estamos orientados hacia el camino claro y recto. Sin embargo, aun así, todavía no tenemos garantía alguna de que estemos inmediatamente en condición de andar ese camino debidamente. Aún no podemos saber en qué punto del camino nos encontramos hoy. Hace mucho tiempo que tratamos de caracterizar la pregunta, cualquiera que sea, como pregunta dirigida a la

esencia. Pero la pregunta por la esencia se nos esclarecerá cuando aquello por cuya esencia preguntamos se nos oscurezca y complique, cuando al mismo tiempo la relación del hombre con el objeto de su pregunta se vuelva vacilante y hasta estremecedora.

La pregunta de nuestro discurso afecta a la esencia de la filosofía. Si esta pregunta surge de una necesidad y no es una pregunta ficticia con el mero objeto de sostener una conversación, entonces la filosofía, en cuanto que filosofía, debe resultarnos problemática. ¿Es esto cierto? Y si lo es, ¿hasta qué punto nos resulta problemática la filosofía? Esto podremos precisarlo sólo cuando ya nos hayamos formado una idea de la filosofía. Por eso es necesario que primero sepamos qué es la filosofía. Ahí nos veremos en una extraña manera de dar vueltas alrededor de un círculo. La filosofía misma parece ser ese círculo. Admitiendo que no podríamos librarnos inmediatamente del anillo de ese círculo, se nos permite, no obstante, mirar a través de él. ¿A dónde debe dirigirse nuestra mirada? La palabra griega *philosophia* nos indica la dirección.

En este punto es necesaria una importante observación. Si atendemos, ahora o más tarde, a la palabra de la lengua griega, entramos en un ámbito adecuado. Poco a poco vislumbramos que la lengua griega no es simplemente como las europeo-occidentales que conocemos. La lengua griega, y no otra más que ella, es *lógos*. A partir de ahí debemos proceder aún más minuciosamente. Para empezar bastará indicar que, en la lengua griega, lo que se dice de una manera determinada es exactamente lo que las palabras quieren decir. Al oír una palabra griega nos atenemos a su *légein*, es decir, a sus inmediatas manifestaciones. Lo que se expresa es lo que está a la vista. A través de la palabra griega oída nos hallamos inmediatamente frente a la cosa misma, y no previamente ante el simple significado de una palabra. La palabra griega *philosophia* nos retrotrae a la de *philosophos*. Esta, a su vez, es originariamente un adjetivo, como lo es *philárgyros* (amigo de la plata), o *philótimos* (amigo del honor). Probablemente la palabra *philosophos* haya sido acuñada por Heráclito; lo cual significa que para Heráclito todavía no existe la *philosophia*. Un *anèr philosophos* no es un hombre “filosófico”. El adjetivo griego *philosophos* dice algo más completo que el adjetivo filosófico, *philosophique*. Un *anèr philosophos* es aquel *òs phileî tò sophón*, que ama lo *sophón*; *phileîn*, amar, significa aquí, en la intención de Heráclito, *homologeîn*, decir lo que el *lógos* dice, esto es, concordar con el *lógos*. Ese concordar está en consonancia con lo *sophón*. Consonancia es armonía. El hecho de que una esencia se avenga mutuamente con otra, y que ambas estén ordenadas por naturaleza a encajar entre sí porque la una está ordenada a la otra, tal es la armonía que quiere significar el mencionado verbo *phileîn*, la acción de amar.

El *anèr philosophos* ama lo *sophón*. Lo que esta palabra quiere decir para Heráclito es difícil de traducir. Pero lo podemos ilustrar según la propia explicación del mismo Heráclito. En efecto, *tò sophón*, para él, quiere decir: *Èn Pánta*, “Uno (es) Todo”. “Todo” aquí significa esto: *pánta tà ónta*, el todo, el todo del ente. *Èn*, el Uno, significa: la Unidad, lo Único, el Todo unificado. Pero único es todo ente en el ser. Lo *sophón* dice: todo ente está en el ser. Mejor dicho: el ser es el ente. En este caso, “es” suena como transitivo y enuncia un significado tantas cuantas veces “reúne”. El ser reúne al ente allá donde el ente está. El ser es la reunión- *lógos*”*.

Todo ente está en el ser. Cualquiera que oiga esto lo tendrá por trivial, cuando no por ofensivo. Pues bien, oír que el ente está en el ser no tiene por qué preocupar a nadie. Todo el mundo lo sabe: ente es aquello que es. ¿Dónde va a sentirse libre el ente si no es precisamente en el ser? Y sin embargo, justamente el hecho de que el ente esté unido al ser, y que al resplandor del ser luzca el ente, fue lo que suscitó en los griegos, y solamente en ellos, la admiración. Ente en el ser: eso fue lo más admirable para los griegos.

Mientras tanto, los griegos tuvieron que salvar y proteger esa admiración contra el asalto del ingenio sofista, que acomodaba a cada caso explicaciones inteligibles y las ofrecía en una especie de mercado. La salvación de eso que es lo más admirable -ente en el ser- ocurrió porque algo se

hizo en el camino que conduce a lo más admirable, esto es, lo sophón. Y llegaron a ello los que aspiraron a lo sophón y con su propia aspiración ante los demás hombres, despertaron y mantuvieron vigilante en ellos la misma aspiración. El phileîn tò sophón, aquella consonancia con lo sophón, ya mencionada, la armonía, devino así en una órexis, una aspiración a lo sophón. Lo sophón -el ente en el ser- se descubre propiamente en ese momento. Puesto que el phileîn ya no es una consonancia original con lo sophón, sino una especial aspiración hacia lo sophón, el phileîn tò sophón se convierte en “philosophía”. Aspiración que se determina a través del Eros.

Esa aspirada búsqueda de lo sophón, del Èn Pánta, del ente en el ser, se nos convierte ahora en una pregunta: ¿Qué es el ente en cuanto que es? Ahora es cuando el pensamiento llega a la “filosofía”. Heráclito y Permènides no eran todavía filósofos. ¿Por qué no? Porque eran los más grandes pensadores. “Grandes” no supone aquí llevar la cuenta de una obra, sino apuntar a otra dimensión del pensar. Heráclito y Permènides eran “más grandes” en el sentido de que todavía permanecían en consonancia con el lógos, es decir, con el Èn Pánta. El paso a la “filosofía”, preparado por la Sofística, fue llevado a cabo primero por Sócrates y Platón. Aristóteles, casi dos siglos después de Heráclito, consagró aquel paso con la siguiente proposición: Kai dè kai tò pálai te kai nûn kai aei zetoúmenon kai aei aporoumenon, tí tò ón; (Met. Z 1, 1028 b sqq). Lo cual se traduce así: “¿Y a dónde se dirige desde antes, ahora y siempre en su andadura (la filosofía), y dónde está el acceso nunca encontrado (la pregunta) a lo qué es el ente? (tí tò ón)”. Esto es lo que busca la filosofía: qué es el ente en cuanto que es. La filosofía está en camino hacia el ser del ente, es decir, hacia el ente con respecto al ser. Aristóteles lo aclara cuando, a la proposición referente al tí tò ón, ¿qué es el ente?, añade una aclaración: toútò ésti tís he ousía; lo cual traducido dice: “Esto (tí tò ón) significa: ¿qué es la sustancia del ente?”. El ser del ente se basa en la sustancia. Pero ésta (la ousía) la determina Platón como idéa, y Aristóteles como enérgeia. A primera vista, todavía no es necesario precisar lo que Aristóteles quiere decir con enérgeia, y hasta qué punto la ousía se puede determinar a través de la enérgeia. Por ahora, lo importante a este respecto es que consideremos cómo Aristóteles delimita la filosofía en su esencia. Dice en el primer libro de la “Metafísica” (A 2, 982 b 9 sq) lo siguiente: la filosofía es epistéme tôn próton archôn kai aitiôn theoretiké. Se suele dar por satisfactoria la traducción de epistéme por “ciencia”. Pero esto es erróneo, porque la presentación moderna que se hace del concepto de ciencia es demasiado ligera. La traducción de epistéme por “ciencia” es también errónea si entendemos “ciencia” en sentido filosófico, como creen Fichte, Schelling y Hegel. La palabra epistéme se deriva del participio epistámenos. Así se llama al hombre que es competente y apto para algo (competencia en el sentido de apparence). La filosofía es epistéme tis, un modo de competencia, theoretiké, voz que a su vez remite a theoreîn, esto es, contemplar algo recibiendo y reteniendo en la mirada aquello que es objeto de contemplación. Por consiguiente la filosofía es epistéme theoretiké. Pero, ¿qué es lo que ella recibe en la mirada?

Aristóteles lo dice cuando habla de prôtai archai kai aítiai. Lo que se traduce por: “los primeros principios y causas” -se entiende las del ente. Así los primeros principios y causas constituyen el ser del ente. No fue sino después de dos milenios y medio cuando se meditó sobre qué es lo que tiene que ver el ser del ente con eso de “principio” y “causa”.

¿En qué sentido es pensado el ser, de modo que eso de “principio” y “causa” valga para signar y asumir la existencia del ser del ente?

Atendamos ahora a otra cosa. La mencionada proposición de Aristóteles nos dice en qué punto del camino se encuentra eso que desde Platón se llama “filosofía”. La proposición nos da una información de lo que es filosofía. La filosofía es un modo de competencia que habilita para recibir al ente en la mirada, es decir, desde el punto de vista de lo qué es el ente en cuanto que es ente.

La pregunta que debe preocupar y mover, y al mismo tiempo señalar el rumbo de nuestro discurso, es ésta: ¿qué es filosofía? Ya respondió Aristóteles. Así que nuestro discurso ya no es necesario. Ha llegado a su fin antes de haber empezado. A esto se replicará que la afirmación de Aristóteles sobre lo que es la filosofía no puede en modo alguno ser la única respuesta a nuestra pregunta. En el mejor de los casos es una respuesta más entre muchas otras. Con la ayuda de la aclaración aristotélica de la filosofía, en verdad no sólo se puede presentar y exponer el pensamiento de Platón y Aristóteles, sino también el de la filosofía posterior al tiempo de Aristóteles. Mientras tanto, se dice con ligereza que la filosofía misma y la forma en que ha sido presentada ha cambiado de varias maneras en los dos siguientes milenios. ¿Quién lo negará? Pero tampoco podemos pasar por alto que la filosofía, desde Aristóteles hasta Nietzsche, pasando por el fundamento de esos cambios, en todo tiempo sigue siendo la misma. Porque los cambios son la garantía de la mismidad.

Con esto en modo alguno sostenemos que la definición aristotélica de filosofía tenga un valor absoluto. Ella es, dentro ya de la historia del pensamiento griego, sólo una muestra del pensamiento griego tal como se dio en su tiempo. En ningún caso el sello aristotélico de la filosofía se retrotrae al pensamiento de Heráclito y Parménides; en cambio no hay duda de que la definición aristotélica de filosofía es una libre consecuencia del pensamiento anterior y una especie de cierre o acabamiento del mismo. Digo que fue una libre consecuencia porque en modo alguno es sensato creer que unas filosofías y unas épocas filosóficas avancen separadamente dentro de la necesidad de un proceso dialéctico.

¿Qué es lo que resulta de lo dicho para nuestro intento de tratar en un discurso sobre la pregunta: ¿qué es la filosofía? En primer lugar, una cosa: no podemos apoyarnos sólo en la definición de Aristóteles. Y de ahí pasamos a otra: debemos tener presentes las definiciones de filosofías anteriores y posteriores. ¿Y después? Después sacaremos, a través de una abstracción comparada, lo que hay de común en las otras definiciones. ¿Y después? Después estaremos lo más lejos posible de una respuesta a nuestra pregunta. ¿Por qué llegamos a eso? Porque con este procedimiento meramente histórico recogemos las definiciones en cuestión y las reducimos a una fórmula general. Todo eso se sucede de hecho con gran erudición y con la ayuda de rigurosas averiguaciones. No necesitamos de eso en absoluto para introducirnos en la filosofía y meditar sobre su esencia. Es cierto que adquirimos diversos, sólidos y hasta provechosos conocimientos acerca de cómo se ha establecido la filosofía en el transcurso de su historia. Pero por este camino nunca obtenemos una verdadera, es decir, legítima respuesta a la pregunta: ¿qué es la filosofía? La respuesta sólo puede ser una respuesta filosofante, una respuesta que, como tal, filosofe en sí misma. Ahora bien, ¿cómo debemos entender esta proposición? ¿Hasta qué punto una respuesta puede filosofar, precisamente en cuanto que respuesta? Trataré de aclararlo ahora provisionalmente a través de alguna indicación. Por lo demás, nuestro discurso seguirá siempre preocupado a este respecto. Incluso habría que poner a prueba la verdadera cualidad filosófica de nuestro discurso. Pero esto no está en nuestro poder.

¿Cuándo es filosofante la respuesta a la pregunta: ¿qué es filosofía? ¿Cuándo filosofamos? Evidentemente cuando entramos en diálogo con los filósofos. Por supuesto que debemos hablar con ellos sobre lo mismo de que ellos hablan. Esa recíproca conversación, que siempre y de igual manera ha sido propia de los filósofos, es el hablar, el λέγειν en el sentido del dialégesthai, el hablar como diálogo. Por lo que toca a la cuestión de si el diálogo es necesariamente una dialéctica, y cuándo lo es, lo dejamos a libre discusión.

Una cosa es precisar y describir las opiniones de los filósofos, y otra muy diferente conversar con ellos sobre el mismo tema del que ellos hablan.

Entonces, ya que los filósofos han hablado del ser del ente, nuestro discurso debe también versar sobre lo que ellos dicen acerca de lo que es el ente en cuanto que es. Nosotros mismos, a través de

nuestro pensamiento, debemos enfilear el mismo camino por donde va la filosofía. Nuestro hablar debe co-responder a aquello de que han hablado los filósofos. Si ese co-responder nos sale bien, entonces re-spondemos en sentido propio a la pregunta: ¿qué es la filosofía?. La palabra alemana “antworten” [responder] significa propiamente lo mismo que co-responder. La respuesta a nuestra pregunta no se agota en una afirmación que, a propósito de la misma pregunta, explique lo que se ha dejado dicho sobre el concepto de “filosofía”. La respuesta no es ninguna afirmación que responda (n'est pas une réponse); la respuesta es más bien la co-respondencia (la correspondance) que expresa el ser del ente. Por cierto que ahora mismo podríamos saber en qué consiste, después de todo, la característica de la respuesta en ese sentido de correspondencia. De momento todo está en que consigamos tan sólo entrar en una correspondencia, antes de establecer la teoría al respecto.

La respuesta a la pregunta: ¿qué es filosofía? Está en que correspondamos según la dirección en que va la filosofía. Y esa dirección es ésta: el ser del ente. En tal correspondencia, escuchamos aquello que desde el principio nos ha dicho la filosofía, entendida en el sentido griego de philosophía. Por tanto, sólo así, en esa correspondencia con la respuesta a nuestra pregunta, logramos mantener el discurso en función del destino al que nos entrega, es decir, nos libera la tradición de la filosofía. Encontramos la respuesta a la pregunta sobre qué es filosofía, no a través de afirmaciones históricas sobre las definiciones de la misma, sino a través del discurso mediante el cual se nos ha transmitido como relacionada con el ser del ente. Ese camino hacia la respuesta a nuestra pregunta no supone ninguna ruptura con la historia, ningún mentís a la historia, sino una apropiación y transformación de lo transmitido. Esa apropiación de la historia ha sido interpretada en el sentido de “destrucción”. El sentido de esta palabra ha sido claramente explicado en “Ser y Tiempo” (parágr. 6). Destrucción no significa derribar, sino desmontar, quitar y dejar por fuera lo que no son más que afirmaciones históricas sobre la historia de la filosofía. Destrucción es: abrir nuestro oído, franquearnos el paso hacia lo que la tradición nos transmite como ser del ente. Tan pronto como oigamos esas voces lograremos entrar en la correspondencia.

Pero al decir esto ya nos está saliendo al paso una consideración. La cual suena así: ¿debemos entonces preocuparnos por una correspondencia con el ser del ente? ¿Acaso nosotros, los hombres, no estamos ya en una tal correspondencia, y no sólo de facto sino por nuestra misma esencia? ¿No constituye esa correspondencia nuestro rasgo fundamental?

Así es en verdad. Pero si es así, ya no podemos decir que debemos llegar por primera vez a esa correspondencia. Y sin embargo lo decimos con razón. Porque realmente permanecemos siempre y en todas partes en la correspondencia con el ser del ente; sin embargo sólo raras veces prestamos atención a la voz del ser. La correspondencia con el ser del ente sigue siendo en realidad algo así como nuestra morada. Pero sólo de vez en cuando mostramos actitud de tomarla como propia. Tan pronto como eso ocurre correspondemos propiamente con lo que a la filosofía importa, y que está en el camino del ser del ente. El corresponder con el ser del ente es la filosofía; pero lo es entonces, y sólo entonces, cuando el corresponder se ratifica expresamente, se desarrolla y se elabora su desarrollo. Ese corresponder ocurre de diversas maneras, después que habla la voz del ser, después que ha sido oída o no oída, después que lo oído ha sido expresado o no lo ha sido. Nuestro discurso puede suscitar ocasiones para reflexionar sobre ello.

Ahora sólo busco una proposición previa para el discurso. Quisiera relacionar lo hasta ahora expuesto con la mencionada expresión de André Gide acerca de los “buenos sentimientos”. Philosophía es el mismo consumado corresponder, que habla en la medida en que atiende a la llamada del ser del ente. El co-responder escucha la voz de la llamada. Lo que nos expresa la voz del ser es lo que determina nuestro corresponder. Corresponder significa, pues: estar dispuesto, être